EULALIA

LO

ENCUENTRA

(Diálogo)

Por Salvador NOVO

EULALIA.—Perdóneme, joven. Me parece haber extraviado el camino. ¿Usted es de aquí, no? Dígame por favor: ¿es este el camino de Ichcateopan?

JOVEN.—Este, sí, señora. ¿Ve usted aquel monte? Ahí detrás queda Ichcateopan. Unas diez horas, a pie.

EULALIA.—¡A pie! ¿No hay carretera?

JOVEN.—Sí, hay carretera. No muy buena, pero la hay.

EULALIA.—No es que yo traiga coche, ni camioneta. Alfonso Caso no quiso prestarme la del Instituto. Me ha puesto toda clase de obstáculos, porque sabe... Pero no querrá usted que yo la emprenda diez horas a pie, hasta más allá de ese cerro.

JOVEN.—Yo no quiero nada, señora. Le digo solamente que de aquí a Ichcateopan, hay diez horas de caminata.

EULALIA.—Sí, claro, así es. Perdóneme. Pero, ¿y a caballo? ¿No podría yo conseguir un caballo?

JOVEN.—No sé de lo que me habla.

EULALIA.—¿No sabe lo que es un caballo?

JOVEN.—La parte inferior de un español. Lo sé perfectamente. O si usted quiere, digamos que un español es la parte superior de un caballo.

EULALIA.—¡Estupendo! ¡Así los habría definido Cuauhtémoc!

JOVEN.—¿Decía usted?

EULALIA.—Nada. Me sorprendió su definición. Y que en pleno siglo XX, un joven indígena hable como sus antepasados.

JOVEN.—¿Conoce usted a mis antepasados?

EULALIA.—He venido precisamente en su busca. Voy a Ichcateopan a descubrir los restos de Cuauhtémoc.

JOVEN.—¡Los restos de Cuauhtémoc!

EULALIA.—Sí. Permítame presentarme. ¿Puedo sentarme un momento? Estoy algo cansada.

JOVEN.—Está usted en su casa, señora. ¿Puedo traerle un refresco? ¿Unas flores?

EULALIA.—No, gracias. Iba yo a presentarme. Mi nombre es Eulalia Guzmán. Soy arqueóloga.

JOVEN.—¿Sus virtudes? ¿Era un hombre virtuoso? ¿Lo que llaman un Santo? En las iglesias he visto ex-votos, reliquias. Los santos que nos enseñan a adorar están hechos, nos predicán los sacerdotes, a imagen y semejanza de los varones virtuosos de la Iglesia cristiana. Es sin duda reconfortante para los cristianos contemplar en los santos la posibilidad de llegar a parecerseles. Aquellas imágenes les proporcionan a los fieles un contacto, una comunicación indirecta con los santos de su devoción. ¿Es eso lo que usted pretende con su reconstrucción de Cuauhtémoc? ¿Procurar que lo canonicen?

EULALIA.—No habría Papa que se atreviera, por supuesto, aunque pocos mártires sufrieron lo que Cuauhtémoc. Pero no es eso a lo que aspiro.

JOVEN.—¿Entonces?

EULALIA.—Los restos de Cortés, sabemos dónde se encuentran. Muchos años, los conservadores, los hispanófilos, los guardaron secretamente. Por fin, pasado el tiempo de los rencores, revelaron su paradero. Se encierran en una caja, no mayor que una de zapatos, en la capilla del Hospital de Jesús, que él fundó. Ahora bien, es perfectamente absurdo que no sepamos dónde, en cambio, reposa Cuauhtémoc. Esta es su patria. Le debemos el homenaje de rescatar del polvo la reliquia de sus restos mortales.

JOVEN.—¿Para oponerlos a los de Cortés?

EULALIA.—No para oponerlos. Para sobreponerlos.

JOVEN.—Un triunfo póstumo. La comparación de los huesos. ¿Se hallarán, cree usted, mejor conservados que los de Cortés?

EULALIA.—¡Qué duda cabe! El Conquistador padecía enfermedades vergonzosas, que ya lo habían minado en vida, y que el examen de sus huesos corroídos ha acabado de revelar. Además, era enano. Los retratos que le han hecho los pintores lo favorecen. No era el caballero gallardo y barbado que quieren hacernos creer. Por su reconstrucción metódica se advierte que era un monstruo, si ya por sus hechos no pudiéramos sospecharlo. Cuauhtémoc, en cambio...

JOVEN.—¿Usted sabe cómo era?

EULALIA.—Era... un héroe. Su nombre mismo lo dice: el águila que cae. Es maravilloso cómo los

Es decir: investigo el pasado.

JOVEN.—Es una profesión curiosa. ¿El pasado de las personas? No sabía yo que a los policías les llamaran arqueólogos.

EULALIA.—No el de las personas; el de los pueblos.

JOVEN.—Sin embargo, me habló usted de una persona: de... Cuauhtémoc.

EULALIA.—Pero Cuauhtémoc no era una persona; no común y corriente. Era el emperador de los mexicanos, y en consecuencia, es el símbolo de una raza; de mi raza; de nuestra raza.

JOVEN.—¿Y ha muerto?

EULALIA.—Pues claro; hace siglos, a manos de los españoles, de los conquistadores. ¡Pero muchacho! Es posible que tú no lo sepas? Qué clase de escuelas tenemos, por Dios!

JOVEN.—Ya ve usted. Pero nunca es tarde para instruirse. Iba a hablarle de su profesión — arqueóloga. Investiga usted el pasado de los pueblos. ¿Le puedo preguntar con qué objeto?

EULALIA.—La ciencia pura no persigue más objeto que el conocimiento de la verdad.

JOVEN.—¿La verdad del pasado?

EULALIA.—No tiene tiempos la verdad. Es una sola. Pero el ayer explica el hoy, lo aclara — y permite servirlo mejor.

JOVEN.—¿Y usted piensa servir mejor al presente con descubrir los restos de —digamos— mi antepasado?

EULALIA.—Sí.

JOVEN.—¿Demostrando que ha muerto?

EULALIA.—Que vive. Que existió; encontrando sus huesos, para glorificarlos, para revivir entre los mexicanos el culto de sus virtudes.

indígenas describían en sus nombres las virtudes que les adornaban: Huémac, el constructor, el de las manos grandes: Ilhuicamina, el flechador de estrellas...

JOVEN.—¿Pero aparte su nombre — sabe usted cómo era Cuauhtémoc?

EULALIA.—Sus hazañas bastan a describirlo. Un príncipe joven, que se rebela contra la cobardía de los conformistas, de los que aceptan por superstición el yugo extranjero; que se enfrenta a los dioses rubios, dueños del rayo y del hierro, y que, con armas desiguales, lucha contra ellos.

JOVEN.—Perdóneme que insista, pero eso sólo no me permite visualizar a Cuauhtémoc. De Cortés dice usted que quedan retratos, aunque se apresura a declarar que favorecidos y falsos. ¿No los hay de Cuauhtémoc?

EULALIA.—Ninguno auténtico. Los pintores indígenas desconocían la perspectiva. Los códices, que eran a la vez su escritura y su pintura, desdeñan el parecido por el símbolo... Son así expresionistas, como la propia y riquísima escultura precortesiana.

JOVEN.—¿Y estatuas? ¿No las hay de Cuauhtémoc?

EULALIA.—No contemporáneas. La escultura precortesiana, religiosa y funeral, huía del realismo, y no tomaba por modelo a los vivos. Después, sí. En el Paseo de la Reforma de México hay una estatua de Cuauhtémoc. Una verdadera vergüenza: una figura de ópera o de ballet, empenachada y en el acto de lanzar una jabalina. Esa figura lamentable se ha popularizado en las botellas de cerveza.

JOVEN.—De modo que no hay forma de saber cómo era Cuauhtémoc.

EULALIA.—Por eso ando en busca de su osamenta — de lo que queda de ella. La arqueología dispone ahora de muchos auxilios, de arbitrios que le otorgan ciencias conexas como la antropología. Ha sido así posible reconstruir a su tamaño natural, y a partir de una vértebra descubierta en excavaciones, a los dinosaurios de las edades más remotas. Intento hacer lo mismo con Cuauhtémoc cuando encuentre sus restos.

JOVEN.—Pero, admitiendo que logre usted reconstruir imaginariamente a Cuauhtémoc; ¿será una

reconstrucción física? ¿Sabría por ella cómo era Cuauhtémoc?

EULALIA.—Indudablemente. Usted se refiere a su carácter, ¿no? Pues bien: la vieja frenología lombrosiana se ha perfeccionado y vuelto científica. Conocemos ya el efecto mutuo del soma sobre el alma y viceversa. Los estudios de Kreschmer, la Biotipología de Viola, nos han conferido el conocimiento detallado del carácter por los rasgos fisonómicos y por la conformación física de los individuos.

JOVEN.—Así que una vez reconstruido Cuauhtémoc, ¿usted podría con toda certeza, como si dijéramos, hacerlo hablar y echarlo a andar?

EULALIA.—Así es.

JOVEN.—¿En servicio del presente? Hace un momento dijo usted que le interesaba revelar el pasado en función del presente. ¿En qué medida nos beneficiaría disponer, gracias a sus afanes coronados, de un Cuauhtémoc vuelto a integrar de sus cenizas, de sus huesos, como un rempecabeza? ¿No teme usted la decepción de hallarlo anacrónico, o tan diverso de la imagen que se ha forjado de él, que tenga que empezar a mentir, como dice usted que han mentido los iconógrafos de su enemigo Cortés?

EULALIA.—No. No lo temo. En mi búsqueda, en mis investigaciones, he procedido, primero, por intuición, y luego, con método científico. En realidad, no busco, no procuro más que una comprobación material de lo que ya sé de antemano. Cuauhtémoc era joven. Eso lo admiten todos los cronistas. Debe haber sido hermoso; sereno, pero capaz de cólera; dulce y cruel a la vez; estoico y si-barita.

JOVEN.—Perdóneme. Yo tengo la culpa por haberle disparado más de una pregunta en una sola emisión de reparos. Lo que me gustaría saber es por qué cree usted que sirva a México hallar los restos de Cuauhtémoc.

EULALIA.—Ya se lo he dicho antes. Necesitamos venerarlos, erigirles un altar. Es grotesco. Hay en México una que llaman la Rotonda de los Hombres Ilustres. Allá van a parar todos los que mueren en boga de eminencia; generales, cantantes, ex presidentes. Allí está el Cura Hidalgo, y está bien. Nos dió la independencia. Pero mucho antes, Cuauhtémoc había estallado la protesta.

¿Y ni siquiera sabemos dónde estén sus huesos!

JOVEN.—Para volverlos a enterrar, ahora en la compañía de los Hombres Ilustres y en su... ¿Rotonda, dijo usted?

EULALIA.—Sí. O aparte. En un monumento propio y soberbio, que fuera el símbolo de nuestra gratitud por su heroísmo sin par.

JOVEN.—Eso sería mejor. Supongo que estaría más a gusto aparte de los hombres ilustres. Pero —¿y conque si todavía más a gusto que en ese monumento, Cuauhtémoc reposa y germina allá donde por tantos siglos se ha sustraído a una veneración que presupone y acepta su muerte? A la adulteración de las estatuas que, como esa de que hablo usted, ¿pueden en unos cuantos años parecer sucesivamente bellas y horrendas?

EULALIA.—¿Preferiría usted que no se descubrieran sus restos? ¿Los de su antepasado?

JOVEN.—No es que lo prefiera. Es que sé que nunca los encontrará usted. Ni nadie.

EULALIA.—Yo sí. Estoy segura. Daré con ellos, aunque tenga que rascar con mis propias uñas. Aunque lo nieguen todos; aunque me llamen loca y se burlen de mí.

JOVEN.—Ni usted — ni nadie. Porque sería como la certificación dolorosa de su muerte. Como igualarlo con Cortés, en un cofre, cabe un altar, por suntuoso que fuere. Y Cuauhtémoc no ha muerto.

EULALIA.—¡Cómo!

JOVEN.—Ni morirá nunca. Los españoles no lograron matarlo. No lo logra ningún extranjero. Cortés, Maximiliano, Wilson... todos pasan, mueren. Cuauhtémoc permanece. Lo explotan, lo roban, lo azotan, lo engañan, lo ensalzan, lo humillan, saquean sus tesoros, lo enganchan a labrar tierras que eran suyas. Pero él no muere. El es la tierra en la que usted inútilmente busca sus restos, el aire que acaricia su pelo negro y lacio, el agua que pinta sus flores, la carne oscura que sabe callar bajo las estrellas — y perdurar por siglos, sin muerte.

EULALIA.—¡Qué extrañas cosas dices! ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

JOVEN.—¿Ah, nos tuteamos? Como quieras. Puedes, por ejemplo, llamarme — Cuauhtémoc.